



A través de los siglos: HISTORIA DEL TEXTO BÍBLICO



ASOCIACIÓN
BÍBLICA
ESPAÑOLA



M^a Teresa Ortega Monasterio
José Manuel Sánchez Caro
Guadalupe Seijas de los Ríos-Zarzosa

A través de los siglos:
HISTORIA
DEL TEXTO
BÍBLICO

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA



evd

editorial verbo divino

Índice

PRESENTACIÓN	7
1. LOS PRIMEROS TESTIMONIOS, por <i>Guadalupe Seijas de los Ríos-Zarzosa</i>	13
El texto del Antiguo Testamento	14
El texto del Nuevo Testamento	16
Papiros y códices	22
2. EL TEXTO HEBREO	25
El texto hebreo en la Edad Media, por <i>Guadalupe Seijas de los Ríos-Zarzosa</i>	25
El texto como artificio, por <i>M^a Teresa Ortega Monasterio</i>	29
Manuscritos hebreos sefardíes, por <i>M^a Teresa Ortega Monasterio</i>	34
3. LA BIBLIA EN LATÍN, por <i>José Manuel Sánchez Caro</i>	43
4. BIBLIAS RABÍNICAS Y BIBLIAS POLÍGLOTAS, por <i>M^a Teresa Ortega Monasterio</i>	51
5. TRADUCCIONES ROMANCEADAS, por <i>José Manuel Sánchez Caro</i>	59
6. LA ILUMINACIÓN DE LOS MANUSCRITOS, por <i>M^a Teresa Ortega Monasterio</i>	67
7. EDICIONES MODERNAS DE LOS TEXTOS, por <i>Guadalupe Seijas de los Ríos-Zarzosa</i>	73
8. TRADUCCIONES MODERNAS DE LA BIBLIA, por <i>José Manuel Sánchez Caro</i>	77
BIBLIOGRAFÍA	85
RECURSOS EN INTERNET	89
ÍNDICE DE IMÁGENES	91
ÍNDICE DE BIBLIAS CITADAS	93

Presentación

Las ediciones de la Biblia se han multiplicado en los últimos años y han hecho fácilmente accesible al gran público unos textos que en otro tiempo estuvieron reservados a unos pocos. Ahora bien, detrás de estas ediciones que a nosotros nos llegan generalmente en forma de traducción, se encuentran los textos originales: antiguos libros escritos en lenguas semíticas, el hebreo y el arameo; y otros más recientes, escritos en griego. Estos textos, que fueron conservados y transmitidos a lo largo de los siglos en diversos formatos y soportes, han ido dejando vestigios que podemos rastrear para reconstruir la historia de su transmisión.

Este es el objetivo de la exposición organizada por la Asociación Bíblica Española (ABE) con motivo del III Congreso Bíblico Internacional, que bajo el título «Los rostros de Dios en la Biblia» se ha celebrado en Sevilla a comienzos del mes de septiembre. Junto a los debates y discusiones de los expertos, hemos querido ofrecer a sus ciudadanos y visitantes una exposición de carácter divulgativo centrada en el texto bíblico y en la historia de su difusión.

De manera didáctica y amena la muestra se detiene en los soportes empleados a lo largo del tiempo (papiros, manuscritos, códices, biblias impresas, ediciones informáticas), el modo de escribir los rollos o los *scriptoria* toledanos cuyos manuscritos gozaron de gran fama por su belleza y calidad. Presenta también diversos tipos de biblias: las Biblias iluminadas, las Políglotas, las Rabínicas que surgen en el Renacimiento –auténticos compendios del texto bíblico en distintas lenguas– y las Biblias romanceadas como la Biblia de Alba o la Biblia del Oso. También habrá un espacio para las ediciones impresas de los siglos XIX y XX, así como para los proyectos de edición actuales y los avances informáticos aplicados a la edición del texto bíblico.

Es una exposición sobre el texto de la Biblia y su evolución en la historia, sus manuscritos y sus ediciones, en la que se muestran algunas piezas representativas, generalmente facsímiles de muy buena calidad, procedentes de diversas bibliotecas y fondos bibliográficos antiguos.

La exposición ha sido ideada y organizada por dos expertas conocedoras del texto bíblico: María Teresa Ortega Monasterio y Guadalupe Seijas de los Ríos-Zarzosa. María Teresa Ortega, profesora de investigación del CCHS-CSIC, es especialista en manuscritos bíblicos hebreos y ha participado en la elaboración del catálogo de los manuscritos hebreos de la comunidad de Madrid y en la organización de la exposición *Las Biblias de Sefarad: las vidas cruzadas del texto y sus lectores*, de la Biblioteca Nacional de Madrid (febrero-mayo de 2012). Por su parte, Guadalupe Seijas, profesora titular de Departamento de Estudios Hebreos y Arameos de la Universidad Complutense de Madrid, ha centrado su actividad investigadora en la sintaxis del texto hebreo de la Biblia y en el estudio de las masoras (anotaciones marginales) de los manuscritos bíblicos.

Para escribir el presente catálogo se ha unido a ellas José Manuel Sánchez Caro, profesor emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca, conocido por sus escritos sobre la hermenéutica y el canon bíblico, y por sus trabajos sobre la historia de la Biblia en España. Juntos han preparado un texto de amena lectura, que introduce al lector o lectora interesados en el fascinante mundo de los manuscritos bíblicos y su transmisión hasta llegar a las traducciones actuales de la Biblia. Es más una introducción que un catálogo, aunque también puede considerarse como tal, pues no solo sigue el itinerario de la exposición, sino que se va deteniendo a explicar algunos de los textos mostrados en ella.

No es fácil organizar un evento cultural como este en nuestros tiempos; quizás por ello sea más necesario expresar nuestra gratitud a las instituciones que lo han hecho posible con su colaboración y apoyo. A la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del CCHS-CSIC (Madrid), a la Abadía de Montserrat, a la biblioteca de la Universidad de Deusto, al Centro de Estudios Teológicos de Sevilla y a Moleiro Editor, que prestaron los fondos exhibidos. A la Delegación del CSIC en Sevilla, que proporcionó el espacio físico para la

exposición y su apoyo para la organización de las actividades. Al Museo Oriental del Real Colegio PP. Agustinos de Valladolid, que cedió las vitri-
nas. A las bibliotecas que han cedido gratuitamente los derechos de repro-
ducción de las imágenes de sus manuscritos: Biblioteca de la Universidad de
Salamanca, Abadía de Montserrat, Biblioteca Histórica de la Universidad
Complutense de Madrid, Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford
y Biblioteca de la Universidad de Cambridge. Al Instituto de Lenguas y
Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo del CCHS del CSIC, al
Departamento de Estudios Hebreos y Arameos de la UCM, a la Asociación
Española de Estudios Hebreos y Judíos y al Ministerio de Economía y
Competitividad, que han patrocinado o apoyado económicamente este
evento.

Todos los que de una forma u otra hemos participado en la organiza-
ción de este evento cultural albergamos el deseo de que la visita a la expo-
sición y la lectura de este libro cumplan la misión de introducir a quien
esté interesado en esta fascinante historia, gracias a la cual el texto de la Bi-
blia es hoy fácilmente accesible para todos.

Santiago Guijarro Oporto,
Presidente de la ABE

La Biblia es una de las obras que más han influido en la cultura europea, pero cuando el lector abre este libro no se pregunta por el texto original ni por su proceso de transmisión. El propósito de esta exposición es, precisamente, guiar al visitante en un periplo de siglos que comprende desde los primeros testimonios del texto, pasando por el Medievo y el Renacimiento, hasta nuestros días.

1

Los primeros testimonios

La Biblia nace como un conjunto de libros escritos en hebreo en el seno del judaísmo; es lo que se conoce como *Biblia hebrea*. En la ciudad de Alejandría se llevó a cabo la traducción del texto hebreo de la Biblia al griego helenístico, la *Septuaginta*. Primero se tradujo el Pentateuco (siglo III a.C.), más tarde los profetas (siglo II a.C.) y, por último, los demás libros de la Biblia (siglo I a.C.). Por aquel entonces aún no se había determinado qué libros de la última sección (*Ketubim* en las biblias hebreas; *Hagiógrafos* en las biblias cristianas) formaban parte del canon bíblico; por ello la Septuaginta –también denominada LXX– incluyó el texto griego de algunos libros que, finalmente, quedaron excluidos del canon de la Biblia hebrea como Tobías, Judit, Susana, Bel y el Dragón, Macabeos, Sabiduría de Salomón, Eclesiástico, Baruc, carta de Jeremías y las adiciones griegas al libro de Ester, pero que sí fueron admitidos más tarde en el canon cristiano. Estos libros reciben el nombre de *deuterocanónicos*.

Los seguidores de Jesús de Nazaret utilizaron la versión griega de las Escrituras, que era la utilizada en el judaísmo de la Diáspora, a la que incorporaron textos propios: hechos y dichos de Jesús (Evangelios), las cartas y el Apocalipsis. Surge así la *Biblia cristiana* como la unión de las Escrituras sagradas de Israel (Antiguo Testamento) y los escritos propios (Nuevo Testamento). En tanto que este grupo se fue distanciando del judaísmo hasta su separación definitiva, los judíos dejaron de considerar la Septuaginta un texto propio y abandonaron su uso.

En el siglo III d.C., Orígenes constató el estado de corrupción en el que se encontraba el texto griego de la Biblia debido al descuido y la desidia de los escribas que lo copiaban, que modificaban el texto con añadidos y omisiones. Consciente de esta situación, se propuso restaurar el texto

griego y para ello emprendió una obra sin precedentes: la Hexapla. En ella, Orígenes compara el texto de la Septuaginta con otras versiones para detectar las coincidencias y variantes e indicó mediante signos las omisiones y añadidos encontrados. La obra consta de 6 columnas dispuestas en paralelo para facilitar el análisis comparativo: texto hebreo (1ª col.), transcripción griega (2ª col.), las revisiones del texto de la Septuaginta llevadas a cabo por judíos: Aquila (3ª col.), Simmaco (4ª col.) y Teodoción (6ª col.) y el texto de la Septuaginta (5ª col.). La obra nació con una finalidad apologética. Orígenes quería disponer de un texto bíblico que no fuera rechazado por los judíos al aducir los cristianos pasajes que no estaban incluidos en sus Escrituras. La primera copia de la Hexapla fue encontrada en 1896, fecha en que el cardenal Mercati descubrió restos de un ejemplar en un palimpsesto de la Biblioteca Ambrosiana de Milán que contenía fragmentos del libro de los Salmos.

El texto del Antiguo Testamento

Hasta el descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto, el texto hebreo bíblico más antiguo era el *Papiro Nash* del siglo II a.C., que contenía una combinación de los preceptos de Ex 20 y Dt 5, y la *Shemá* (Dt 6,4-5), la principal confesión de la fe en Yahvé en el judaísmo. Se conservaban, además, algunos fragmentos datados entre los siglos VI-VIII d.C., encontrados en la guenizá de El Cairo, una especie de trastero en la sinagoga Ben Ezra de dicha ciudad, y algunos códices bíblicos incompletos procedentes de Egipto y Palestina (datados entre los años 900 y 1100) de la colección Firkovich, perteneciente a la Biblioteca Nacional de Rusia en San Petersburgo. Habrá que esperar a principios del siglo XI para disponer de las primeras biblias hebreas completas como los códices de Alepo o Leningrado.

El descubrimiento accidental en 1947 de los manuscritos bíblicos del mar Muerto (Qumrán y otras cuevas próximas) dio un vuelco a la investigación. Las excepcionales condiciones climatológicas de la zona y el hecho de que se depositaran protegidos para ser recuperados más tarde, per-

mitieron que los manuscritos se conservaran en muy buenas condiciones. Se hallaron copias de todos los libros –con la excepción de Ester y Nehemías– datados entre los siglos III a.C. y I d.C.

Estos rollos permitieron demostrar la existencia de un cierto pluralismo textual en toda Palestina, ya que muchas de las copias encontradas procedían de fuera de la comunidad. La diversidad textual atestiguada en Qumrán (el Pentateuco Samaritano, el texto hebreo que subyace a la traducción de la Septuaginta, el texto protomasorético y textos propios de Qumrán) es un fiel



1. 11Q5, Sal 121,1–123,2

reflejo del judaísmo de aquella época, cuyos rasgos distintivos eran el dinamismo y la pluralidad (fariseos, celotas, saduceos, esenios, etc.). Los acontecimientos políticos, sociales y religiosos del cambio de era contribuyeron a que el texto protomasorético fuera la única tradición textual que pervivió y, por consiguiente, se puede sostener que entre los años 70 y 150 d.C. (época romana) se impuso un determinado tipo textual. Aunque la importancia de Qumrán para establecer la historia del texto se circunscribe a los textos bíblicos allí encontrados, estas cuevas aportaron testimonios fundamentales para conocer el proceso de formación del canon bíblico (literatura apócrifa) y cómo era la comunidad que se estableció allí (textos propios).

El texto del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento fue escrito en griego y se han conservado numerosas copias, cantidad que supera los 5.800 ejemplares, muchos de los cuales están incompletos. El texto se ha transmitido en dos formatos distintos, rollos y códices de papiro o pergamino.

El número de papiros asciende a más de un centenar, la mayoría de ellos muy fragmentarios, que proceden principalmente de Egipto. Se suelen identificar por un número precedido de una P, a medida que se van publicando. Su antigüedad los hace muy valiosos al estar muy próximos a los originales. Es el caso, por ejemplo del papiro P⁵², un fragmento muy pequeño que contiene tres versículos del cap. 18 de Juan, datado hacia la mitad del siglo II d.C. Dos son las colecciones más importantes de papiros, conocidas por los nombres de los mecenas que las adquirieron: Chester Beatty y Martin Bodmer. En la primera (Chester Beatty) destacan tres manuscritos del Nuevo Testamento que se remontan al siglo III o a finales del siglo II y a comienzos del siglo III. El P⁴⁵ era un códice que contenía los cuatro evangelios y los Hechos; del que solo se nos quedan unas 30 páginas; el P⁴⁶ conserva 86 hojas originales con las Epístolas paulinas; y el P⁴⁷ está formado por 10 hojas que contienen los capítulos 9–17 del Apocalipsis. En la segunda colección (Martin Bodmer) sobresalen el P⁶⁶ (ca. 200), que conserva 75 hojas con el evangelio de Juan casi completo; el P⁷⁵ (175-



2. Ms. P⁴⁶ fol. 73r, 2 Cor 11,33–12,9

225) con restos de 72 hojas que testimonian parte de los evangelios de Lucas –la copia más antigua– y de Juan, y el P⁷² (siglos III-IV), que contiene, en un códice de alrededor de 190 páginas, las dos cartas de Pedro, así como la carta de Judas, además de otras obras cristianas.

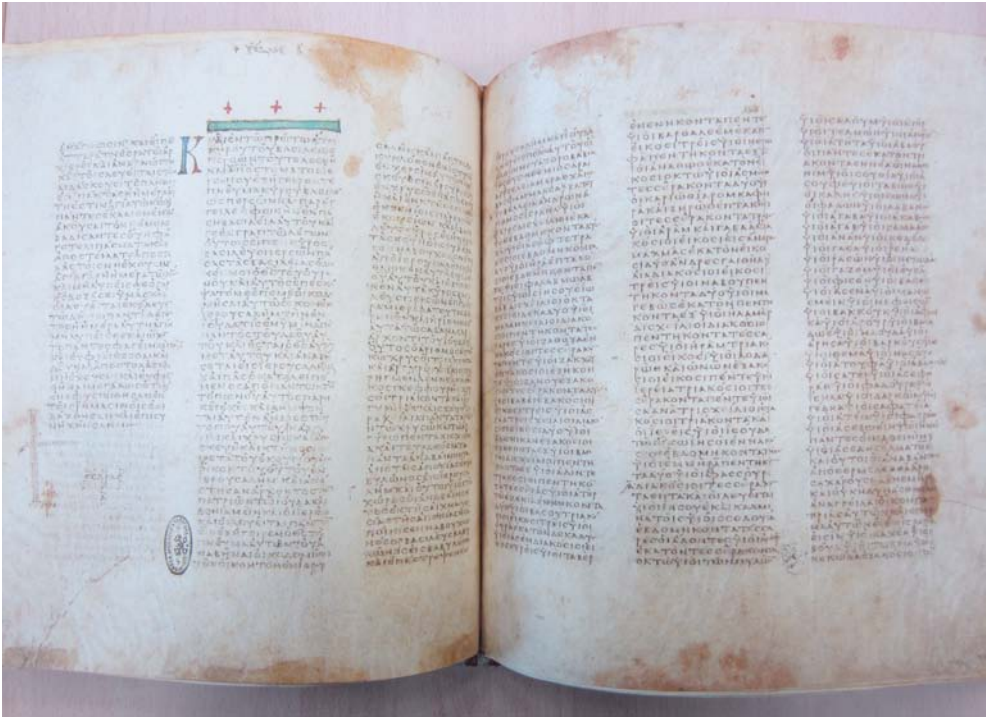
Sin embargo, el descubrimiento de los papiros de Oxirrinco (Egipto) en 1895-1896 enriqueció de forma notable el conocimiento del texto del Nuevo Testamento. Se trata del corpus de papiros más numeroso y más antiguo del Nuevo Testamento y comprende testimonios de 18 libros del total de 27 que lo componen, si bien se encuentran en un estado bastante fragmentario. Junto a estos también se descubrieron gran cantidad de papiros bíblicos y miles de fragmentos de papiros literarios y documentales de época grecorromana. Además de varias copias de la Septuaginta, aparecieron apócrifos y otros textos como himnos, sermones y oraciones en número significativo que han sido determinantes a la hora de esclare-

cer el contexto sociocultural e intelectual de la comunidad cristiana donde se copiaban los textos.

En el mundo cristiano pronto se impuso el códice sobre el rollo. Paulatinamente, el papiro con el que al principio se confeccionaban los códices fue sustituido por el pergamino, elaborado a partir de la piel de animales como el ternero o el cabrito. Era un material caro, por lo que con frecuencia se borraban y reutilizaban. Es el caso de algunos códices que se llaman *palimpsestos* por conservar las huellas de un escrito borrado con anterioridad. Los manuscritos unciales o mayúsculos están escritos solo con letras mayúsculas. Se trata de un texto seguido, sin separación de palabras y con escasos signos de puntuación. Se conservan más de 300. Los cuatro más importantes son el Sinaítico, el Vaticano, el Alejandrino y el Efrén rescripto. En todos ellos el texto del Antiguo Testamento corresponde a la LXX.

El *Códice Sináítico* (01 = ⳨) recibe su nombre del lugar donde permaneció hasta el siglo XIX, el monasterio de Santa Catalina en el monte Sinaí. Posteriormente el códice se dividió y sus páginas se repartieron entre la biblioteca de la Universidad de Leipzig, la Biblioteca Nacional de Rusia en San Petersburgo y la Biblioteca Británica. Un proyecto reciente ha unificado las páginas del códice que ahora puede ser consultado completo. Dado en la primera mitad del siglo IV y escrito en Egipto o Cesarea, es el único que contiene la Biblia en su totalidad excepto 2 Macabeos, además de 4 Macabeos, la *Carta de Bernabé* y el *Pastor* de Hermas. El texto del Nuevo Testamento es la copia más antigua que se conserva. El códice incluye numerosas correcciones y anotaciones que son de gran utilidad para averiguar la historia de la fijación del texto.

También de la primera mitad del siglo IV, es el *Códice Vaticano* (03 = B), que se encuentra en la biblioteca de la que toma su nombre. Su origen es incierto, aunque la mayoría de los investigadores se inclinan por situarlo en Egipto, o quizá en Alejandría. Contiene el texto íntegro de la Biblia griega excepto la *Oración de Manasés* y los libros de los Macabeos, aunque, en la actualidad, faltan pasajes de Génesis, Salmos, una parte de las Epístolas paulinas y el Apocalipsis. Es el de mejor calidad tanto por su manufactura como por la calidad del texto que trasmite.



3. Códice Vaticano B fol. 594v 595r, 2 Esdras 1

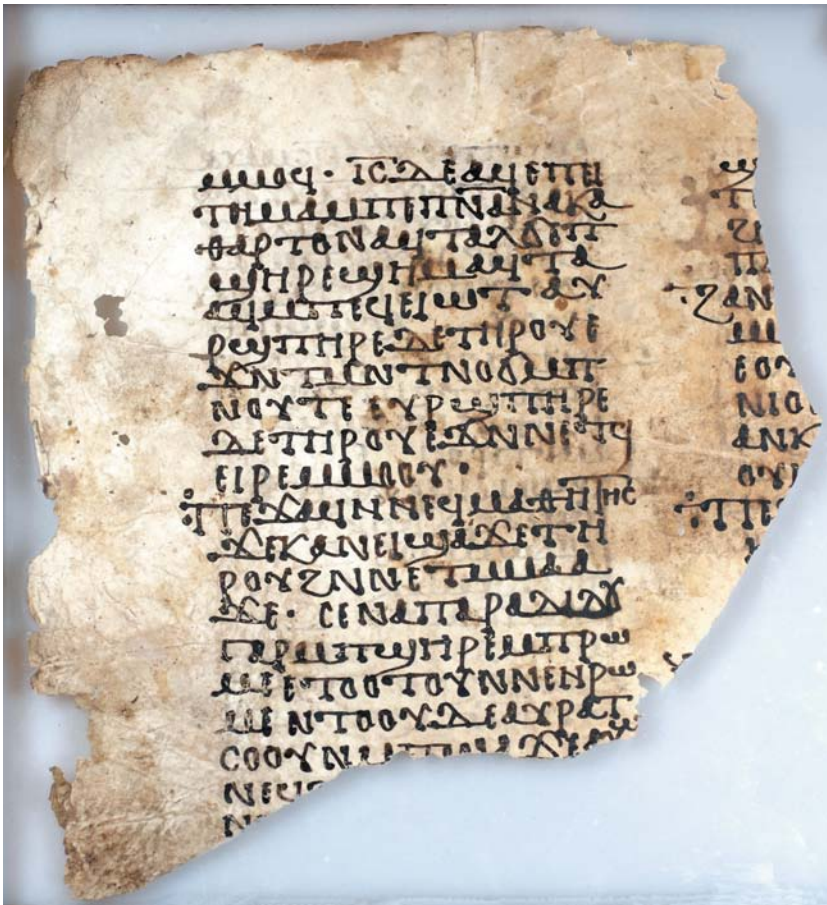
El *Códice Alejandrino* (02 = A) es del siglo v d.C. Copiado en Egipto, fue trasladado Londres en 1628 y actualmente se encuentra en el Museo Británico. El Antiguo Testamento contiene los libros deuterocanónicos, incluyendo 3-4 Macabeos y Salmos de Salomón, así como La *Epístola a Marcelino* y el sumario de los *Salmos de Eusebio de Cesarea*. El Nuevo Testamento añade *1 y 2 Clemente*, si bien en este código faltan folios en varios libros.

También del siglo v es el *Códice Efrén Rescripto* (04 = C). Se trata de un palimpsesto que se conserva en la Biblioteca Nacional de París. La Biblia que se había copiado inicialmente en el código se borró para escribir sobre él los tratados de san Efrén Sirio. Solo han sobrevivido partes de algunos libros del Antiguo Testamento y de todos los del Nuevo, menos de 2 Tesalonicenses y 2 Juan.

Además de los cuatro grandes códigos unciales, se puede destacar también por su antigüedad el *Códice Beza* (05 = D). Lleva por nombre el apellido de su descubridor, el humanista francés Teodoro de Beza, quien en

1581 lo donó a la Universidad de Cambridge, donde se ha conservado hasta nuestros días. Se trata de un texto bilingüe griego y latino fechado en el siglo V, que contiene los Evangelios y Hechos de los Apóstoles, parte de las cartas de Juan (aunque no completos) y una parte de 3 Juan. Algunos especialistas creen que se trata de la copia de un documento mucho más antiguo; lo que —de ser cierto—, ofrecería una versión anterior de los Evangelios.

El pergamino *P. Monts. Roca II-17* es la pieza más destacada de la exposición. Se data entre los siglos VIII y IX. Se trata de un fragmento que contiene el texto de Lc 9,29-50 en lengua copta y escritura uncial. Las dimensiones del pergamino son de 19,2 x 18,1 cm y corresponde a la parte



4. Ms. *P. Monts. Roca II-17r*, Lc 9,29-50

superior externa de un códice escrito a dos columnas, de las que se conservan una y parte de la segunda, y que pudo haber sido un tetraevangelio. El margen inferior se ha perdido por completo. El número de caracteres por línea oscila entre 9 y 18 y se calcula que cada columna tendría aproximadamente unas 33 líneas. Pertenece a la colección Roca-Puig de la Abadía de Montserrat. Esta colección forma parte, junto con otras colecciones orientales, de la Abadía de Montserrat desde el fallecimiento de Ramón Roca-Puig en 2001, quien la legó a dicha Abadía. Cuenta con aproximadamente 1.500 fragmentos de papiro, pergamino y papel, la mayoría en lengua griega y copta, aunque también hay algunos en latín, árabe y demótico. Esta colección, de extraordinario valor, conserva algunas piezas excepcionales, como son una página de códice en papiro con unos 80 versos de la *Ilíada* de Homero, un códice del siglo IV misceláneo en papiro y otro códice del siglo VII que contiene el comentario a Génesis y a Zacarías de Dídimo el Ciego. La colección está siendo restaurada y estudiada desde 2004 por un grupo de investigadores del CSIC, la Universidad Pompeu Fabra y la Universidad de Leiden.

Junto a estos testimonios hay que mencionar también los códices minúsculos (desde el siglo IX) escritos con caracteres cursivos o minúsculos, de los que nos han llegado casi 3.000, los leccionarios (selección de pasajes del Nuevo Testamento, con excepción del Apocalipsis, que eran leídos en las celebraciones litúrgicas) de los que se conservan más de 2.400, y las citas del Nuevo Testamento que aparecen en los sermones y comentarios de los Padres de la Iglesia.

De la misma forma que el texto hebreo del Antiguo Testamento experimentó una evolución desde una etapa de pluralidad textual a otra en la que se estabilizó el texto y triunfó una tradición sobre las demás, también el texto griego del Nuevo Testamento experimentó un proceso similar, aunque no hay acuerdo sobre cómo evolucionó dada la gran cantidad de testigos. Relacionando unos manuscritos con otros tradicionalmente se habla de que ya en una primera fase (desde el siglo II al siglo IV) coexistían cuatro tipos textuales: alejandrino, occidental, bizantino y cesariense. Sin embargo, en la actualidad hay una tendencia a evitar esta clasificación por considerarla artificial y no ser adecuada para todos los libros del Nuevo

Testamento. De todas formas, está bastante extendida la opinión de que el texto representado por el tipo alejandrino (P⁶⁶, P⁷⁵, Sinaítico y Vaticano) es generalmente el más antiguo y el de mejor calidad, aunque no faltan quienes piensan que el occidental, o incluso el bizantino, son mejores.

Papiros y códices

Como ya se ha mencionado, en la antigüedad los textos se escribían en rollos (en latín, *volumina*), que se fabricaban uniendo diversas hojas de papiro y, con menos frecuencia, de pergamino.

El papiro es un soporte de escritura elaborado con fibras de un tipo de junco acuático de tallo largo, que crecía en Egipto. Para su fabricación, primero se formaba una capa de fibras en paralelo sobre la cual se disponía una segunda capa perpendicular a la primera. A continuación se golpeaba con un martillo de madera para que la savia de las fibras actuase como adhesivo natural y quedasen pegadas. Una vez secadas y pulidas, se conseguía un material apto para la escritura. Las hojas de un mismo tamaño se unían por los extremos para formar un rollo. Su longitud era considerable, pudiendo llegar hasta los 40 metros; la altura, en cambio, era variable, dependiendo del uso y la época.

El rollo fue paulatinamente sustituido –excepto para los libros sagrados del pueblo judío– por el códice, un conjunto de hojas encuadernadas, escritas por ambas caras. Al principio eran de papiro y luego de pergamino. Este formato empezó a utilizarse en el siglo I de nuestra era y se consolidó con la expansión del cristianismo, hasta llegar a ser el formato estándar de los libros canónicos cristianos. De hecho, los testimonios más antiguos del Nuevo Testamento corresponden a códices.

El códice presenta claras ventajas con respecto al rollo. Es más barato, manejable y fácil de llevar, los textos se pueden localizar fácilmente y, sobre todo, el espacio del que se dispone es significativamente mayor, al utilizarse ambas caras. De todas formas, es posible que su adopción sistemática para los libros del Nuevo Testamento se deba no solo a factores de tipo

práctico, sino también a razones doctrinales, como la voluntad de diferenciarse del pueblo judío.

El códice podía estar formado por una sola hoja, pero era más frecuente que estuviera compuesto por varias hojas dobles (bifolio), lo que suponía cuatro páginas de escritura. Lo habitual era que el códice constara de varios cuadernos cosidos entre sí y protegido por una cubierta de tapas duras. Por regla general, cada cuaderno comprendía cuatro folios doblados por la mitad y escritos por ambas caras, que corresponde a ocho hojas o dieciséis páginas. Se han encontrado códices cristianos de tamaño variable. Los más grandes parecen responder a las necesidades de lectura pública y de la liturgia; mientras que los de dimensiones más reducidas —algunos pueden considerarse auténticas miniaturas— muestran el interés de los cristianos por disponer de copias para la lectura personal. Al igual que en otros libros de la época, los primeros textos reflejan una escritura seguida (*scriptura continua*), sin separación entre palabras y con una puntuación inexistente o muy escasa. Progresivamente se fueron introduciendo signos gráficos para facilitar la lectura. Mediante recursos diversos se indicaban las principales unidades de sentido o el comienzo de párrafo o sección, por mencionar algunos de ellos. Con respecto a la disposición del texto, los testimonios más antiguos reproducen el texto en una sola columna que ocupa toda la página. Sin embargo, se han conservado algunos del siglo II y III escritos a doble columna y desde el siglo IV se escribían a veces en tres y cuatro columnas. Esta nueva disposición no solo estaba orientada a facilitar la lectura; también refleja el interés por la belleza de la caligrafía, a medida que crecía la veneración por los libros sagrados y su uso solemne en las celebraciones litúrgicas.

Un rasgo característico de los códices cristianos es el uso de los llamados *nomina sacra*. Se denominan así algunas palabras de denso contenido teológico que se escriben en forma abreviada y que se distinguen fácilmente por llevar encima una línea horizontal. Las primeras en abreviarse fueron Dios, Señor, Cristo y Jesús y aparecen en los textos más antiguos que se conservan. Más tarde se añadieron algunas más. Aunque no se sabe el cómo ni el porqué de su uso, es posible que reflejen un respeto hacia Dios y hacia Jesús semejante al que los escribas judíos mostraban con respecto al nombre divino, si bien la práctica cristiana es distinta y más uniforme.